

al día siguiente, en plena solana abrasadora. Entonces andaba moviendo los labios, atenta a las presencias invisibles y la gente no podía separarla de ellas.

Se le acusaba también de no comer, de alimentar a mendigos y criminales, de conocer las virtudes secretas de las plantas y de preparar filtros de bruja. Lo cierto es que anhelaba curar a los niños dolientes, y que muchas madres, después de mofarse de ella en público, la buscaban a escondidas y temblando, con las manos calientes aún de la fiebre de sus hijos.

Pero lo fenomenal, lo grotesco, lo que provocaba carcajadas inextinguibles, era la virginidad de Victoria. Fea, casi decrepita, trastornada, ese harapo viviente había pretendido conservar su pureza, y lo había conseguido. Había resistido veinte años a la temeridad de los mozos pujantes. Quería elegir el amor, ser prometida y esposa, y tal monstruosidad, tal delito contra naturaleza, garantizaba a los sencillos campesinos la demencia irremediable de su primera actriz.

Don Juan Bautista, joven doctor de la capital, vino al pueblo, compró un terreno y se puso a edificar una casa. Don Juan Bautista era rico, bello y tonto. Tenía partido con las muchachas. Victoria le vió y le adoró. El *Príncipe radiante* había descendido para ella del firmamento. Todas las manías dispersas de Victoria se juntaron en una, absorbente, feroz, la de amar a don Juan Bautista y casarse con él. No ocultó sus proyectos: desatada y locuaz detenía a los transeúntes y les consultaba sobre los medios de satisfacer su única pasión.

Espiaba horas enteras a Don Juan Bautista detrás de las tapias; se atrevió al fin, repugnante y trémula, a rogar que la dejara lavarle la ropa. No sabía aplanchar con lustre pero aprendió. El momento en que se acercaba a Don Juan Bautista, y le entregaba a él solo, las camisas y los calzoncillos impecables, era el momento radiante y feliz de su existencia humilde. Jamás aceptó un centavo por su faena deliciosa. Otras veces traía a Don Juan Bautista la

Ediciones del *Convivio* y del *Rep. Am.* a \$ 0.50 cada título. Para el exterior: \$ 0.15 oro am.

Almáfferte: *El Misionero*.
Aramburo y Machado, Mariano: *Discursos*.
Bernal, Emilia: *Como los pájaros!*
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*.
Bonafon, J. de: *El Cantar de los Cantares que trata de Salomón*.
Brenes Mesén, Roberto: *El misticismo como instrumento de investigación de la verdad*.
Chacón y Calvo, J. M.: *Ensayos sentimentales*.
Diez-Canedo, Enrique: *Sala de Retratos*.
Escobar, José Ignacio: *Escritos*.
Gerald, Paul: *Tú y Yo*.
Gibran, Kahlil: *El loco*.
Gambao, Isaias: *Flores de Otoño*.
Guido y Spano, Carlos: *Poesías*.
Herodoto: *Narraciones*.
Hispano, Cornelio: *Cesarismo teocrático*.
Hispano, Cornelio: *Bolívar*.
Ivanovitch, Dmitri: *La ventana y otros poemas*.
Leopardi, Giacomo: *Parini*.
López de Mesa, Luis: *Orientación ideológica*.
López de Mesa, Luis: *Iola*.
Lugones, Leopoldo: *Elogio de Leonardo*.
Magallanes Moure, M.: *Florilegio*.
Martí, José: *Versos*.
Masferrer, Alberto: *La religión universal*.
Masferrer, Alberto: *Una vida en el cine*.
Masferrer, Alberto: *Ensayo sobre el Destino*.
Moreno Villa, José: *Florilegio*.
Olivares, José: *Poesías*.
Onís, Federico de: *Disciplina y rebeldía*.
d'Ors, Eugenio: *De la amistad y del diálogo*.
Pacheco, Napoleón: *Personalidad literaria de Ventura García Calderón*.
Pérez, Enrique: *Artículos y Discursos*.
Renán, Ernesto: *Páginas escogidas*. (Dos cuadernos).
Renán Ernesto: *Emma Kosilis*.
Roig de Leuchsenring, Emilio: *El caballero que ha perdido su señora*.
Santillana, Marques de: *Serranillas y Cantares*.
Savitri: *Un episodio del Mahabárata*.
Tagore, Rabindranah: *El Jardinero de Amor*.
Torres Ríoseco, Arturo: *Poetas norteamericanos I. - Walt Whitman*.
Torres Ríoseco, Arturo: *En el encantamiento*.
Torri, Julio: *Ensayos y Fantasías*.
Tovar, Rómulo: *De Atenas y de la Filosofía*.
Ureta, Alberto J.: *Florilegio*.
Valdés Roig, Ciana: *La fuente sonora*.
Valle, Raf. Heliodoro: *El rosal del ermitaño*.
Varona, E. J.: *Emerson*.
Varona, R. J.: *Lecturas*.
Vasconcelos, José: *Artículos*.
Vaz Ferreira, Carlos: *Reacciones*.
Velázquez, Samuel: *Madre*.

Giro bancario sobre Nueva York.
Dirijase al Adm. del *Rep. Am.* - Correos:
Letra X. San José de Costa Rica.

sandía helada o dulce melón que halagan la siesta, o los sabrosos duraznos, o simplemente tomates frescos, porotos, manteca, todo gratis, y a costa de qué luchas, de qué lejanas peregrinaciones! Don Juan Bautista, jovial y satisfecho, se dejaba idolatrar.

Rafael Barret

La virginal timidez de Victoria la impedía expresar claramente sus deseos a quien se los inspiraba y los colmaría sin duda. Victoria anhelaba seducir a Don Juan Bautista, obligarle a declararse y a proponer el matrimonio. Ella no tendría entonces más que murmurar sí y caer en los vibrantes brazos del prometido. ¿Cómo hacer?

El secretario de la municipalidad, un pequeño de cabeza de mono, la aconsejó que usara polvos y sombrero, como las señoritas de la ciudad. La loca se aplicó ladrillo molido en el rostro, y sobre el cráneo, en equilibrio, un sombrero colosal que los chuscos la regalaron, con plumas estafalarias. Así marchaba Victoria, disfrazada y grave, en pos de su sueño, entre las risas de los vecinos. De primera actriz había bajado a ser la payasa, la bufona de la aldea.

Durante varios meses, sobre los pastos, parecido a un buque empavesado, osciló el sombrero ridículo, símbolo de una ilusión desesperada. Victoria enflaquecía, se desanimaba; sus pobres pies descalzos se cansaban de correr tras la quimera; el sombrero, agotado por la lluvia, abrasado por el sol, ensuciado y roto, inclinaba tristemente sus plumas marchitas. El *Príncipe radiante* continuaba mudo y risueño. ¡Ay! Cuando lucía allá arriba, inaccesible en las limpias noches de estío, era menos cruel.

La casa de Don Juan Bautista se terminó; la verja relucía, las flores del jardín doblaban con elegancia sus finos tallos. El dueño fue a la capital, se casó pomposamente y regresó con música. La señora era rubia, bella y tonta quizá. El pueblo quedó deslumbrado.

Victoria desapareció.

Hay en lugar una escarpada peña, a cuyo pie se amontonan como en un torrente de vegetación, impenetrables brezos y zarzas. Tres días después de la boda, descubrieron unos cazadores, allá abajo, un objeto singular, una especie de gran pájaro inmóvil, de plumas increíbles. Por distraerse lo acribillaron a balazos. Resultó ser el sombrero de Victoria. «Debajo estaba Victoria, con el cuerpo tibio, todavía, y que por fin reposaba».

Sidar, el aviador

(Envío del autor)

El alma mexicana tiene alas potentes,
tiene alas audaces de juventud.
Desde el Popocatepetl, ella quiere
volar a todas las hermanas alturas
y más allá.

Más allá están los astros;
más allá de los astros está Dios.
El alma mexicana tiene alas brillantes;
las alas son color de sol.
Si se abren espléndidamente sobre el mar,
son iluminación.
Oh, tu, alma que quieres ir
más allá de los paternos confines:
mensajera de juventud y de luz.

Tú te llamas ahora Sidar;
tú quieres volar hacia el sur;
en el sur argentino

hay un nido de auroras;
tú, alma suprema de México,
aspiras a ser el águila
de esa cumbre:
ser en la altura lumbre
y abrazar al mundo en tu fulgor.

Alma mexicana, alma latina,
alma indígena, pristina alma
de una raza nueva: raza para la gloria,
raza para la esperanza, raza para la redención.
Al fin tuviste alas!
Otros pueblos han visto crecer su alma
y se llenan de orgullo:
a ti, México, Hidalgo el piadoso
puso en tus ansias el germen del vuelo.
El fué como el polluelo del águila;
El sacudió sus alas y fecundó una tempestad.